

LIBROS

Reivindicación de Blanco White

En 1972 publicaba Juan Goytisolo, en Buenos Aires, la primera edición de su *Obra inglesa* de José María Blanco White, precedida de un importante prólogo del antologista y traductor de casi un centenar de páginas (1). Forma parte esta aproximación a Blanco White de la empresa acometida por el escritor catalán, afincado desde hace años en París, con el objetivo de poner en su lugar, de una vez y para siempre, la que se ha denominado en frase acuñada «la otra España» o «la anti-España», así como a la legión de heréticos que profesaron este culto prohibido y perseguido. No estaría de más, sin embargo, recordar en este punto la importancia de los estudios de Vicente Llorens (2) y la Antología de Antonio Garnica (3).

La tarea de Juan Goytisolo, a la que dedicamos estas líneas, no es, en modo alguno, un capricho marcado por el azar o por la moda: se trata de toda una trayectoria personal, conscientemente asumida, que va en lo narrativo desde sus primeros *Juegos de manos* hasta sus últimas *Señas de identidad* y *Reivindicación*

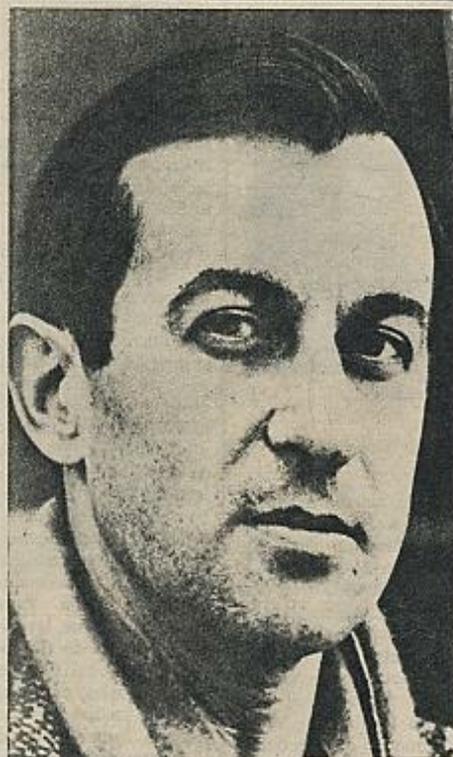
(1) *Obra inglesa*. 2.ª edición. Seix Barral. Barcelona, 1973.

(2) En particular, *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra, 1823-1834*. 2.ª edición. Castalia. Madrid, 1968. Y su *Antología de Blanco White*. Labor. Barcelona, 1971. Con una importante introducción.

(3) José Blanco White, *Cartas de España*. Edición y traducción de Antonio Garnica. Alianza Editorial. Madrid, 1972. Con introducción también de Vicente Llorens.

del conde don Julián. Nadie discute el contenido crítico-ideológico de estos dos últimos títulos, aparte otros valores exclusivamente literarios. Sin embargo, por «razones administrativas» (eufemismo en boga en nuestro país para designar a la censura), estos dos libros son tan desconocidos como su labor de ensayista, especialidad en la que destaca su *Furgón de cota* y últimamente el estudio que ha dedicado al «Mundo erótico de María de Zayas». Escritos todos ellos publicados fuera de España.

Estas dos vías analíticas, una imaginativa y la otra a ras de tierra, conducen al hombre Goytisolo a una misma verificación, que, en su caso, se ha convertido en una sanísima obsesión intelectual y personal; obsesión en sentido de superación, de acceso de la propia condición humana, y no como signo indicativo de un espíritu enfermizo. Para Juan Goytisolo, la vida y la obra del sevillano y sacerdote Blanco White, únicamente recordado por Menéndez y Pelayo para ser injustamente insultado e intelectualmente agredido, es todo un paradigma de valor nacional a lo largo del tiempo; no el fruto desgraciado de una circunstancia histórica concreta, sino uno de los rasgos permanentemente caracterizadores del ser español, como hubiese dicho don Américo Castro, otro de los maestros, por no decir el más importante, de Juan Goytisolo. Nada más significativo a este respecto que las palabras preliminares de J. G.: «El valor excepcional de su experiencia (la de Blanco White) radica en el hecho de que cifra en sí la historia secreta de miles y miles de sus paisanos —una historia no escrita jamás, encastrada bajo siete llaves en el santuario de sus conciencias—; historia de ayer, de hoy y, mucho me temo, de mañana, de todo el que ha roto con el yugo opresor de una institución que, aliada estrechamente al brazo secular, ha pesado siempre como una



Juan Goytisolo.

losa sobre el destino de los hombres de la Península».

Señala muy atinadamente J. G., y con ello excluye, insistimos, el valor de la excepcionalidad, que no es un caso aislado el de Blanco. Muy reciente está todavía la emigración provocada por la guerra civil; de entre estos emigrados destaca J. Goytisolo, otro nombre ejemplar, llustre por su sensibilidad y por su claridad de juicio: el del también sevillano Luis Cernuda. Y subraya J. G. que el hecho de la marginación, aparte la fatalidad histórica, es asumida libre y lúcida por sus víctimas. No escribe gratuitamente Luis Cernuda, que «hay momentos de la vida que requieren de nosotros la entrega al destino, total y sin reservas, el salto al vacío, confiando en lo imposible para no rompernos la cabeza».

Blanco White, Luis Cernuda, Juan Goytisolo y una multitud de seguidores, dentro y fuera de su Patria (no en balde habló Miguel Salabert, en otra novela inédita en castellano, con su mismo título, de *El exilio interior*), conservan la cabeza entera

sobre sus hombros tras el salto en el vacío, pero, cierta e inevitablemente, con profundos desgarramientos, porque, y esto lo saben muy bien todos ellos, por suerte para ellos mismos y para su imprescindible función de críticos sociales, el desarraigamiento nunca llega a ser total.

Resultado de este sentir colectivo es la elección de la personalidad de Blanco White. Durante muchos años, el único juicio conocido por los españoles fue el tan injustamente emitido por el arbitrario don Marcelino en su *Historia de los heterodoxos españoles*, libro sin par a condición de ser leído con un sentido radicalmente contrario del que fue escrito, mausoleo monumental en el que se enterraron durante años el nombre y la obra de los más lúcidos españoles. «Nos nos indignemos con Blanco White —escribía Menéndez y Pelayo—, basta compadecerle. Ni una idea robusta, ni un afecto sereno habían atravesado su vida. Era el renegado de todas las sectas, el leproso de todos los partidos...». Este es precisamente el Blanco White que, como antes hi-

ciera con el conde don Julián, un «traidor» histórico, reivindica Juan Goytisolo para mayor gloria de la Historia real de España. El sacerdote sevillano, convertido después al protestantismo y presa sincera de todas las dudas religiosas de su tiempo, fue un perfecto ilustrado de su época; además del castellano y del inglés, lenguas ambas que escribía a la perfección, era muy buen conocedor del latín, griego, francés, italiano y alemán. Pero por encima de sus saberes le domina su amor apasionado por la verdad: «El disimulo —escribe Blanco— me ha resultado siempre intolerable. Si me hubieran confiado los secretos de la creación a condición de que no los revelara, dejando a quienes me rodeaban en la ignorancia y el error, mi corazón no habría soportado tal peso».

Y si éstas eran sus cualidades humanas e intelectuales, no era la última de las virtudes que adornaban a Blanco la calidad y el ardor de su pluma. Enterrados han permanecido casi durante una centuria sus escritos en castellano y no traducidos sus páginas inglesas. En estas últimas ha centrado Juan Goytisolo su selección, que comienza con la versión al castellano de dos capítulos, de impresionante rigor analítico, de la autobiografía de Blanco; sorprendente por su verismo en un género tan poco habitual en nuestra literatura, en la que llama la atención, por ejemplo, la casi total ausencia de diarios personales. Autobiografía que se completa rigurosamente con sus *Letters from Spain*. Difícil será olvidar, una vez leída, su carta fechada en Sevilla, en 1801, en la que describe la llegada de la fiebre amarilla a la capital andaluza y su aparición primera «en el vasto arrabal de Triana».

Completa J. Goytisolo su selección con unos escritos de Blanco de polémica religiosa y otros de «historia, política y literatura». Todos ellos dotados de un relevante interés por lo certero de sus análisis

y la penetración de su reflexión. Parece que escribe fuera del tiempo cuando afirma: «El terco orgullo del pueblo español, agrupado en dos partidos, determinados ambos a sacrificar cualquier ventaja real en aras de su dignidad ideal, excluye toda posibilidad de compromiso». Y en su autobiografía escribe, sin asomo alguno de vacilación: «Cuando una inclinación natural es elevada a la categoría de virtud, sobrevienen los mayores males. El patriotismo es un ejemplo de ello (...); cuando bajo el nombre de patriotismo cada individuo se deja arrastrar a la vanidad, al orgullo, a la ambición, a la crueldad —y lo hace en calidad de inglés, francés o español—, todos estos vicios son considerados virtudes».

Juan Goytisolo ha escogido, pues, a Blanco White como formidable pretexto para hablar de él mismo, según sus propias palabras. Los escritos de Blanco sirven de revulsivo a Goytisolo para sacar a la superficie todo lo que se debate en su interior desde sus primeras novelas, hace ya unos veinte años. Ahora bien, sería erróneo destinar a Goytisolo al escalafón de los malditos cuando de verdad, lo que persigue Juan Goytisolo incansablemente es la imagen siempre desvaída de una España cuya realidad se ocultó secularmente: «España, el nombre de España, cubre difícilmente la proteica realidad peninsular». Juan Goytisolo ha optado por patriotismo bien entendido, libre y racionalmente; por la fraternidad con los outsiders, los parias y los marginados de su país. Su «Prólogo» a la *Obra inglesa* de Blanco White es una confesión constante, que se resume en una desgarrada confidencia: «En los momentos históricos decisivos, el bando que hubiera querido defender fue derrotado siempre».

Este Juan Sin Tierra de los parias comienza a incorporarse, por fin, a esa realidad proteica de España con la publicación en nuestro país de

su último libro. Sin embargo, aún queda un Goytisoló prohibido y trasterrado, el Goytisoló absolutamente fundamental de *Señas de Identidad* y de *Reivindicación del conde don Julián*. La imaginación crítica de un intelectual siempre es un reto dirigido a la razón de sus oponentes. Y cuando, finalmente, se impone la imaginación, la libertad es su primer beneficiario. Ojalá no tengan que esperar los problemáticos españoles del año dos mil toda una centuria para conocer en su integridad a Juan Goytisoló, al igual que los españoles de hoy hemos tardado más de un siglo en leer a Blanco White. Valga una reivindicación por otra, aunque sólo sea en nombre de aquello que los antiguos llamaban libre albedrío. ■ ROBERTO MESA.

Un escritor secreto e informal

José María Carandell era hasta ahora conocido como uno de los primeros introductores de Brecht en España, como el primer tratadista nacional sobre las comunas europeas, como uno de los mejores especialistas nativos en literatura infantil, coreponsable con Rosa Regás y Esther Tusquells de la Colección Moby Dick. Además, firma críticas literarias en «TeleXprés» y unas extrañas historias informales que los lectores del citado diario dudaban en atribuir a un buzo soñador, asomado sin demasiada convicción al puerto barcelonés y anochecido, o a uno de esos noctámbulos cosecheros de faros apagados que descendían hacia el puerto no se sabe si para solicitar la plaza de buzo o para suicidarse. Carandell publicó hace algunos meses, en Editorial Lumen, una selección de sus mejores «Historias Informales». Aprovecho ahora la ocasión para mencionar un libro injustamente sepultado bajo la tonelada métrica de novedades que los editores han de-



José María Carandell.

positado sobre mi angustiada mesa de lector en el transcurso del año literario presente.

Aprovecho la ocasión porque José María Carandell acaba de publicar una *Guía Secreta de Barcelona* en una colección secreta de Guadiana de Publicaciones. En el transcurso de una entrevista, Carandell clarificó suficientemente los propósitos de su guía: «Cervantes califica a Barcelona como "archivo de la cortesía"; es cierto, pero también apunta otra nota de identificación. Comenta con Sancho que Barcelona está próxima porque empiezan a abundar los bandidos ahorcados ejemplarmente al borde de los caminos». Con su guía secreta, Carandell (José María) ha querido enseñarnos a ver «otra ciudad», un tanto invisibilizada por la Barcelona de Ferias y Congresos: la ciudad de los ahorcados, de los barrios sumergidos en el pasado, de las putas y los restaurantes baratos. Mediante un método de indagación y recuerdo, de memoria y deseo, el autor escoge arbitrariamente el itinerario arbitrario por una ciudad arbitraria. Ha escrito una guía posible entre otras cien guías posibles, hecha a la medida de su mixtura de buzo, noctámbulo y plácido suicida.

Bajo el signo de la informalidad, esa otra Barcelona secreta enseña sus viejas y maltratadas carnes, sus ocultos y maltratados cerebros marginales: desde el filósofo de los alcohólicos anónimos, hasta el filósofo de los alcohólicos exhibicionistas. A través de la guía de Carandell es posible pactar con la posibilidad

de que un día encontremos a Nietzsche comprándose un filete de toro en el mercado de la Boquería o a La Moñosa caminando por el imperio hacia Dios. Para disimular su reprochable acto de terrorismo cultural, Carandell completa el libro con el teléfono del médico de urgencia y hasta es posible que adjunte la lista de las logias masónicas de urgencia. No lo recuerdo.

No sé si he hecho esta recensión a la medida del libro. En cualquier caso... lo he intentado. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN. Foto: TONI VIDAL.

El regreso de Sender y el mentís de Valle-Inclán

Estos días, al publicarse la noticia del regreso de Sender, me llega un ejemplar de «Norte», revista hispánica de Amsterdam, de la que es redactor-jefe (con Mia Moxman) otro aragonés, Francisco Carrasquer, autor además de una tesis sobre la obra senderiana, «Imán y la novela histórica de Sender», reeditada en Londres en 1970. Este número monográfico (marzo-agosto de 1973), con algún inédito del escritor y trabajos de Víctor Fuentes, Julián Palley y el propio Carrasquer, viene a concitar con la noticia del regreso para ponerme definitivamente en ganas de reproducir ciertas opiniones muy valiosas de Jaime del Valle-Inclán a propósito de Sender y de su padre.

Como es sabido, Sender escribió un «Valle-Inclán, o la imposibili-

dad de la tragedia», que fue una de las primeras cosas suyas, si no la primera, de las editadas en la España de la posguerra. Aparte de la controversia que el estudio en sí pueda despertar, se aportan opiniones interesantes y algunos hechos desconocidos que el novelista ofrece como primicia. En las páginas 145 a la 149, las finales del libro, cuenta una aventura amorosa de don Ramón con una joven y bella napolitana en los últimos meses romanos; la seducción, el asalto, el rechazo, la huida y la persecución por toda Italia. Para Sender, ésta fue la primera derrota de Bradomín y la señal de que todo acababa, también la vida. La historia me pareció verosímil, y yo la recogí en mi libro, interpretándola como una postrera pasión estética —sin idealizarla, desde luego— propiciada por el medio densamente artístico de los jardines, palacios, iglesias y ruinas de Roma.

Hace unas semanas, Jaime del Valle-Inclán me invitó a su casa barcelonesa, en las laderas del «Puchet», para hablar de miles de cosas, y entre ellas, de la obra de don Ramón. Casi de sopetón exclama:

—Hormigón: ¿cree usted demasiado en lo que cuentan los libros?

—No siempre —le respondo—; depende de qué libros.

Jaime del Valle-Inclán sorprendente parecido con su padre, la misma forma de cruzar las piernas, el bastón entre las manos, un perfil idéntico al de don Ramón, sonrío ahora.

—¿Qué quiere decir? —le pregunto de nuevo.

—Usted se ha creído la historia que cuenta Sender de mi padre, lo de Roma.

—¿Y no es cierta?...

—¡Claro que no! Es una invención literaria suya y quizá de alguien más. Miré usted, yo estuve todo ese tiempo en Roma y no vi nada de aquello. Pero había además muchas otras personas, ¡y con qué lenguas! ¡Como para callarse durante tanto tiempo una historia así! El primer año de dirección de mi padre fueron

pensionistas Victorio Macho y Alberto; bueno, éstos estuvieron antes, no entran en este caso. Los que cuentan son Rodríguez Luna, Souto, Condoy, que lo fueron en mil novecientos treinta y cuatro. También estuvieron bastante tiempo en Roma Rafael Alberti y María Teresa León.

—Yo he visto —le interrumpo— una foto de don Ramón con ellos dos, se publicó en «Nueva Cultura», en enero de mil novecientos treinta y seis.

—Efectivamente. Ellos regresaban de Moscú, del primer Congreso de Escritores, y se quedaron en Roma al llegar noticias de la revolución de Asturias en el otoño de mil novecientos treinta y cuatro. Ninguno de los dos ha dicho nada, ni tampoco Hidalgo de Cisneros, que también estubo allí.

—Puede decirse entonces que Sender lo ha inventado todo.

—Creo que sí. Pero, sobre todo, debe decirse que es muy extraño que habiendo tanta gente a su alrededor en aquellos momentos, nadie haya contado nada, ni entonces ni después.

Jaime del Valle-Inclán me relata con formidable gracejo una serie de lances de don Ramón en la capital de Italia. Son anécdotas que reflejan, por decirlo brevemente, su republicanismo o antiborbismo de aquellos años. Algún día habrá que hablar de ellos con toda la amplitud que merecen.

Volviendo a Sender, Pepe Sender, como lo llamaban en Huesca cuando era periodista en «La Tierra», el Ramón vino después. No puedo dejar de pensar que al fabulador Sender bien pudo ocurrírsele esta aventura amorosa que cuadraba y redondeaba magníficamente una posible biografía literaria de don Ramón-Bradomín.

En la presentación al número monográfico de la revista «Norte», dice Carrasquer algo muy justo sobre lo aragonés del escritor: «Como la imaginación de Sender es tan traviesa y desconcertante, hay algu-

nos que se molestan porque de pronto suelte el escritor una broma o deje escapar un duedo de magia y poesía. Es también algo muy aragonés. Todos los grandes aragoneses presentan o la cara de un hiperclasicismo reflexivo y moralista, o la cruz de un barroquismo lúdico-imaginario de choque. Pero en Sender tenemos la resultante de ambas facies: a un tiempo Argensola y Gracián, Costa y Goya, Alaiz y Samblacat, Cavia y Buñuel. Pienso que estas palabras podrían explicarnos en cierto modo el porqué de esta invención. Invención que, en todo caso, revelaba un agudo conocimiento del joven novelista por el gran maestro del que, como los jóvenes escritores de aquella generación esperanzada y rota en la diáspora del exilio por los cuatro puntos cardinales, estuvo muy cerca. ¿Es su duplicidad, clásica a ratos, hiperbólica a veces, la que determinó el nacimiento de esta historia? El retorno de Sender a sus raíces quizá sirva para aclararnos muchas cosas. ¡Sea para bien! ■ JUAN ANTONIO HORMIGÓN.

Muerte, ¿dónde está tu victoria?

Es sabido que el jurista ilustrado italiano Cesare Beccaria, en el siglo XVIII, argumentó contra la pena de muerte, arguyendo que es inadmisibles en un Estado cuya base es el contrato entre los ciudadanos, dado que nadie puede suscribir contractualmente la necesidad de su propia muerte. Hegel, cuya teoría del Estado es mucho más rigurosa y lúcida que la de cualquier ilustrado, le refuta en un párrafo de sus «Principios de Filosofía del Derecho», diciendo que el Estado no es un puro contrato, sino una exigencia de racionalidad formal de nivel superior a cualquier particularismo; para el Estado, la única forma de honrar al criminal como ser plenamente razonan-